

Amarillo Transilvania

La ganadora del Tusquets recrea la Rumania de Ceausescu desde la mirada de una niña fantasiosa y traumatizada

Vuelve la tabarra con el franquismo, y a uno le parece que toda esa esforzada labor pedagógica podría sustituirse por la lectura, mucho más entretenida, de novelas. Por ejemplo *La casa limón*, con la que Corina Oproae acaba de ganar el premio Tusquets. Al fin y al cabo, como las familias felices de Tolstoi, todas las dictaduras se parecen.

Nacida en Transilvania en 1973, la traductora y poeta reconoce que este texto de inspiración autobiográfica es un intento de explicarle a sus hijos los rigores del régimen que padeció: "Quería mirar el comunismo como si lo viera por primera vez, con esa asombrosa naturalidad con la que durante la infancia se viven cosas como la falta de libertad, las delaciones o las colas para conseguir comida".

Es este un libro sobre el duelo, los silencios obligados y los tabúes impuestos, protagonizado por una niña de unos siete años encerrada en sí misma –no le faltan motivos para la tristeza– que se vale de su imaginación para evadirse de un entorno medio dickensiano. Literalmente atrincherada en un castillo de libros que ha levantado bajo la mesa



Aunque el rumano es su lengua materna, Oproae escribe en español

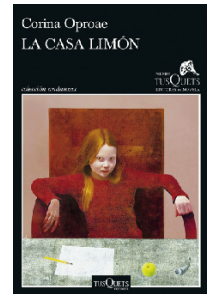
del comedor, su tendencia al aislamiento incluye elaboradas ensoñaciones en las que juega a reinventar la realidad. "Me he de guardar mucho de no pensar cosas estrambóticas porque luego acaban pasando", se asusta.

Enseguida comprendemos que

todo ese aislamiento es consecuencia de algo. A las fantasías de carácter onírico se superponen, mediante súbitos fogonazos, episodios imprecisos pero inequívocos de abuso. Ella no cuenta nada, de hecho apenas habla y últimamente le ha dado por hacer

cosas raras. Su madre, que paradójicamente es médico, tiene problemas más graves que una hija introvertida pero, en definitiva, buena y cariñosa.

Una niña que ha idealizado el escenario de su primera infancia, donde las cosas todavía eran



normales. Ese grado de identificación nos hace pensar en una metáfora del yo. Ahora la finca va a ser demolida: "Tenemos que volver a casa, pero no podemos porque ya no tenemos casa. Los que en nuestro país se preocupan por la gente nos la han cambiado por un piso en un bloque de color gris (...) una caja de cerillas donde nos escucharemos los unos a los otros cuando tiremos de la cadena del retrete, cuando resoplemos por la noche y donde nos vamos a oler en todo momento para saber que estamos vivos y no muertos".

Miguel Artaza

Paso ligero

¿Existe algo más promisorio que lo que está en otra parte, aquello que se sueña, se imagina o que, únicamente, se intuye?

"El movimiento siempre ha sido un sustituto del pensamiento", se dice hacia el final de este diario. Mucho después de dejar claro que el vagabundo vocacional que escribe estas páginas se ha puesto en marcha precisamente para eso, para no pensar. Ajeno a rutinas y obligaciones, huye de algo, quizá de sí mismo, y espera encontrar alguna clase de respuesta en otra parte. Por eso se ha lanzado al camino con el ánimo de quien estrena la vida cada día.

Habla en tercera persona, como si él fuera el primer sorprendido por esa nueva versión de sí mismo: "no es viajero por naturaleza, se trata de un estado al que le han empujado las circunstancias. Se pasa la mayor parte del tiempo sumido en una profunda ansiedad (...) la sensación de pavor que lo permea todo ha-

ce que las impresiones sean más intensas y agudas, el mundo se carga de una fuerza que no posee en la vida corriente".

En una habitación ajena (Libros del Asteroide) son los cuadernos de un hombre errante. Una reflexión sobre el viaje como experiencia transformadora que, paradójicamente, se resiste a ser catalogada como literatura de viajes. Tampoco son, exactamente, unas memorias sino una heterodoxa aportación al género, más modesto, de la *flânerie*. Si bien con Damon Galgut todo es tirando a solemne y reconcentrado.

Se diría que lo que pretende es demostrar una particular teoría del desarraigo, y que se pone a ello no teorizando sino echándose a la carretera. Sin rumbo ni destino fijos, guiándose por su instinto, enfrentándose a situaciones y a personas que lo



marcarán definitivamente. Atravesando fronteras en un viaje que es, sobre todo, interior. Esa introspección es más profunda y compleja de lo que el estilo fragmentario y extremadamente despojado nos hacen suponer en un primer momento.

El tono de las reflexiones que



Damon Galgut fue finalista del Booker de 2010 con esta novela

del caminante va lanzando un poco al vuelo es más bien sombrío. No puede evitarlo. Le preocupa esa "nueva sensación" "de que nunca ha vivido de otro modo y que jamás echará raíces". Y sí, puede que su protagonista cambie con frecuencia de país, pero está más cerca del turista que

del emigrante. Como esos urbanitas que miran su pequeña parcela del mundo con asombrado desapego y que regresan a casa siendo otros después de una expedición alrededor de la manzana.

M. A.